

Francisco Fernández Carvajal

JESÚS, NUESTRO MAESTRO

- El Señor es el Maestro de todos los hombres. Es nuestro único Maestro.
- Aprender de Él. Meditar el Evangelio.
- Jesús nos enseña en la intimidad de nuestro corazón, a través de los acontecimientos y personas que nos rodean y, sobre todo, a través del Magisterio de la Iglesia.

I. Al cabo de tres días, lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles¹.

Los rabinos solían comentar en el Templo la Sagrada Escritura. Para los forasteros de Jerusalén era esta la única ocasión de ver y oír a los maestros más relevantes de Israel. Los oyentes tomaban asiento sobre las esteras alrededor del maestro y podían intervenir, y también ser preguntados sobre el texto que se explicaba. Las preguntas y respuestas de Jesús, aunque de acuerdo con su edad, llamaron poderosamente la atención de todos: *Cuantos le oían quedaban admirados de su sabiduría y de sus respuestas.*

Cuando comience su vida pública, el Evangelista nos dirá que las gentes *se maravillaban de su doctrina, pues la enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas²*. Oyéndole, las multitudes se olvidaban del hambre y del frío de la intemperie. Nunca se opuso a que el pueblo le llamase profeta o maestro³, y a sus discípulos les decía: *Vosotros me llamáis maestro y señor, y hacéis bien, porque lo soy⁴*.

Con frecuencia Jesús utiliza la expresión: *Pero Yo os digo*. Quiere indicarnos que su doctrina tiene una fuerza especial: es el Hijo de Dios quien habla. *Y se oyó una voz del cielo que decía: Este es mi Hijo muy amado. Escuchadle⁵*. Desde entonces ya no hay otro a quien escuchar.

Moisés os dijo..., pero Yo os digo. Los antiguos profetas se presentaban como portavoces de Dios: *Así habla Yahvé*, declaraban después de sus discursos. Jesús habla en nombre propio (cosa que jamás había hecho ningún profeta), e imparte una enseñanza divina. Precisa el sentido y el alcance de los mandamientos de Dios recibidos por Moisés en el Sinaí, corrige falsas interpretaciones. Sus preceptos, siguiendo la misma revelación del Antiguo Testamento, son sin embargo absolutamente nuevos. Nadie como Él ha mostrado la soberanía de Dios y, al mismo tiempo, su cualidad de Padre amorosamente preocupado de las cosas del mundo y, sobre todo, de sus hijos, los hombres. Nadie como Él ha señalado la verdad fundamental del hombre: su libertad interior y su intocable dignidad.

La vida de Jesús fue una predicación incesante. Habló en las sinagogas⁶, a la orilla del lago⁷, en el Templo⁸, en los caminos⁹, en las casas, en todas partes. Su doctrina nos ha sido transmitida, fidelísima y sustancialmente completa, a través de los Evangelios. *Mucho más hizo Jesús; si se escribiera todo, creo que las obras escritas no cabrían en el mundo entero¹⁰*, nos dice San Juan al terminar su Evangelio. Pero todo lo esencial lo conocemos tal y como sucedió, tal y como lo enseñó el Maestro. Nuestro único Maestro. Junto a Él nos sentimos seguros. Siempre dice a cada uno lo que necesita oír. Leyendo el Evangelio unos

minutos todos los días con corazón leal, meditándolo despacio, uno se siente empujado a repetir con San Pedro. *Señor, solo Tú tienes palabras de vida eterna*¹¹. Solo Tú, Señor. Examinemos cómo y con qué atención leemos el Evangelio.

II. *Uno solo es vuestro Maestro, Cristo*¹². Si después ha habido maestros y doctores en su Iglesia¹³ ha sido porque *Él los constituyó*¹⁴, subordinándolos a Él, repetidores y testigos, *de lo que han visto y oído*¹⁵. A través de la Iglesia, del Evangelio, tal como se lee en la Iglesia, nos llega como por un canal la Buena Nueva de Cristo.

Solo se verá privado de oír su palabra quien se cierra a ella voluntariamente. Todos pueden comprenderla. La doctrina más sublime se hace accesible a los espíritus más sencillos. Los humildes, quienes se hacen pequeños como los niños, captan sin esfuerzo la doctrina, mientras que a los «sabios» que se dejan llevar por su soberbia no les da la luz el Espíritu Santo, y se quedan a oscuras, sin entender nada o deformando la verdad salvadora: *Porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeñuelos*¹⁶.

Jesús es el Maestro de todos, nuestro Maestro. Y puede serlo porque sabe Él mismo lo que hay dentro de cada hombre¹⁷. No se engaña sobre nuestras miserias y flaquezas: conoce bien el abismo de maldad que puede anidar en cada corazón. Pero conoce también, mejor que nosotros mismos, las posibilidades de generosidad, de sacrificio, de grandeza que existen también en todo corazón, y Él puede despertarlas con su Palabra viva.

La enseñanza de Cristo afecta al hombre entero en lo más profundo de su ser. «Es Maestro de una ciencia que solo Él posee: la del amor sin límites a Dios y, en Dios, a todos los hombres. En la escuela de Cristo se aprende que nuestra existencia no nos pertenece...»¹⁸.

Tomar a Jesús como Maestro es tomarlo por guía, andar sobre sus huellas, buscar con afán su voluntad sobre nosotros, sin desalentarnos jamás por nuestras derrotas, de las que Él nos levanta y las convierte en victorias una y otra vez. Tomarle como Maestro es querer parecernos cada vez más a Él: que los demás, al ver nuestro trabajo, nuestro comportamiento con la familia, con los extraños, y sobre todo con los más necesitados, puedan reconocer a Jesús. De la misma manera que en el trato habitual con una persona a la que se quiere mucho y se admira mucho, se termina por adoptar no solo su manera de pensar, sino sus expresiones y gestos, tratándole diariamente en la oración y meditando el santo Evangelio, nos pareceremos a Él, casi sin darnos cuenta: «Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte y al oírte hablar: este lee la vida de Jesucristo»¹⁹.

III. Nos dice San Pablo que la palabra de Dios es *viva y eficaz* (Cfr. *Heb 4, 12*). La doctrina de Jesús es siempre actual, nueva para cada hombre; es una enseñanza personal porque va destinada a cada uno de nosotros. No es difícil reconocernos en un determinado personaje de una parábola o comprender en lo más íntimo de nuestra alma que unas palabras de Jesús hace veinte siglos fueron pronunciadas para nosotros, como si hubiéramos sido los únicos destinatarios. *Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres a través de los profetas; últimamente, en estos días, nos ha hablado por su Hijo* (Cfr. *Heb 1, 1*). *Estos días* son también los nuestros. Jesucristo sigue enseñando. Sus palabras, por ser divinas y eternas, son siempre actuales.

Leer el Evangelio con fe es creer que todo lo que se dice en él está, de alguna manera, ocurriendo ahora. Es actual la marcha y la vuelta del hijo pródigo; la oveja que anda perdida y el Pastor que ha salido a buscarla; la necesidad de la levadura para transformar la

masa y la luz que debe iluminar la gran oscuridad que, con demasiada frecuencia, se cierne sobre el mundo y sobre el hombre. «En los Libros sagrados, el Padre que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos. Y es tan grande el poder y la fuerza de la palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual»²⁰. Pero debemos aprender a oír a Cristo en nuestra vida y en nuestra alma, en las muchas formas y circunstancias en las que Él nos habla.

Cierto día estaba el Señor en casa de un fariseo llamado Simón. *Y le interpeló Jesús: Simón, una cosa tengo que decirte*²¹.

Cristo tiene siempre algo que decirnos, a cada uno en particular, personalmente. Para oírle hemos de tener un corazón que sepa escuchar, un corazón atento para las cosas de Dios. Él es el Maestro de siempre. Era el Maestro ayer y lo será mañana: *Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre*²². Y se dirige a cada hombre singular, a cada hombre que quiera escucharle. Todo aquel que con sinceridad de corazón busque un Norte para su vida, lo encontrará: el Señor no niega su gracia a quien de verdad lo busca.

Cuando Salomón, *que amaba a Yahvé*, era todavía joven, se le apareció Yahvé durante la noche en sueños, y le dijo: *Pídeme lo que quieras que te dé*. Y Salomón no pidió riquezas, ni poder, ni una vida larga..., sino sabiduría para gobernar al pueblo de Dios. Esto fue muy grato al Señor y le concedió un corazón sabio e inteligente, *un corazón capaz de entender*²³.

También nosotros debemos pedir ante todo un corazón capaz de escuchar y de entender esas mociones interiores del Paráclito en nuestra alma, ese lenguaje de Dios que nos habla a través del Magisterio de la Iglesia, esa doctrina que nos llega con suma claridad a través del Papa y de los obispos unidos a él, que requiere una respuesta práctica. Conviene que repasemos ahora en nuestra meditación qué empeño y qué medios ponemos para conocer bien la doctrina del Magisterio. Y no solo conocerla, sino vivirla personalmente y difundirla entre los católicos y entre los hombres de buena voluntad. El Maestro, Jesús, nos habla a través de esa doctrina.

Y, en otro orden de cosas, también hemos de saber entender el lenguaje de Dios que nos habla a través de acontecimientos y personas que nos rodean. Muy especialmente en esas sugerencias precisas que nos vienen por medio de la dirección espiritual.

Le pedimos a la Virgen un oído atento a la voz de Dios, que nos habla hoy como lo hizo hace veinte siglos, aunque a veces utilice intermediarios.

1 Lc 2, 46-47. — **2** Mc 1, 22. — **3** Mt 21, 11. — **4** Jn 13, 13. — **5** Mc 9, 7. — **6** Mt 4, 23 ss. — **7** Mc 3, 9. — **8** Mt 21, 22-23. — **9** Jn 4, 5 ss. — **10** Jn 21, 25. — **11** Jn 6, 68. — **12** Mt 23, 10. — **13** Cfr. Hech 13, 1; 1 Cor 12, 28-29. — **14** Ef 4, 11. — **15** Cfr. Hech 10, 39. — **16** Mt 11, 25. — **17** Jn 2, 24. — **18** San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, 93. — **19** ídem, *Camino*, n. 2. — **20** Conc. Vat. II, Const. *Dei verbum*, 21. — **21** Lc 7, 40. — **22** Heb 13, 8. — **23** Cfr. 1 Re 3, 4 ss.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.